





pues, eludiendo las disposiciones de los soberanos, les obligaban á un trabajo superior á sus fuerzas, eran verdaderamente inhumanos y crueles. Pero al lado de esos hombres, á quienes poco á poco se les fué despojando de sus encomiendas, se encontraban en muy superior número individuos de notable moralidad, cuyos repartimientos eran modelo de templanza y de buen trato.

Si hubo encomenderos que abusaron, como sucede en todo, de la ventajosa posición en que se hallaban, esos abusos jamás fueron tolerados por los reyes ni por la nación; antes nacieron de apartarse de la voluntad de ambos, expresada en las leyes; y cuando mas adelante, las colonias fueron consolidándose, los abusos se extinguieron y la población mejoró notablemente.

Dignos de elogio son los sacerdotes que, como el padre Las Casas y Montesinos, pintaban con repugnantes colores los actos arbitrarios de algunos españoles, procurando con lo recargado del cuadro hacer odiosa la injusticia y hacer buenos á todos. La exageración en aquéllos reconocía un fin laudable: el remedio de los abusos. Todos comprendían entonces que el santo celo evangélico de que estaban poseídos, les obligaba á presentar aun los actos de injusticia mas leves contra los indios, como delitos gravísimos, á fin de evitar que tomasen incremento. Pero no corresponde á escritores actuales; á escritores que nada tienen ya que corregir; á escritores que abrigan la conciencia de las miras que el padre Las Casas llevaba al pintar con recargado colorido la posición de los indios, copiar el cuadro presentado por él, pues los términos generales en que se expresan, mas hieren á la nación, que siempre

desaprobó los abusos, que culpan á los que, infringiendo las leyes, los cometieron.

Exageración en los escritos del padre Las Casas. No hay persona de regular instrucción y criterio, que no juzgue de apasionados en excesivo grado los escritos del virtuoso Las Casas. Nadie desconoce que los puntos de la historia, trazados por el ardiente defensor de los indios, «se encuentran tan alterados y exagerados, que no se puede descansar sobre la fé del autor. El demasiado fuego de su celo, difundió luz con humo, esto es, lo verdadero mezclado con lo falso» (1), y es sensible que autores de alta estima se apoyen aun en los desconceptuados escritos, bajo el punto de vista histórico, del celoso sacerdote, para presentar el cuadro exacto de los hechos.

Rebosando cariño por el suelo descubierto y por sus sencillos habitantes, el filántropo eclesiástico español veía la isla de Santo Domingo inferior únicamente al Paraíso en que Dios colocó al primer hombre. Arrebatado de un entusiasmo sin límites, da á sus cuadros el colorido que seduce su fantasía, sin cuidarse del verdadero tono del paisaje que se propone presentar. Quien lea la seductora descripción que presenta de la isla Española y conozca el original, no podrá menos de sorprenderse de lo alejado que andaba el pintor de la exactitud del punto que describe.

Presenta á una de sus vegas, enriquecida con «treinta mil ríos y arroyos,» doce de ellos no menos caudalosos y grandes que el Ebro, Duero y Guadalquivir, asegurando

(1) Clavijero.



que «veinte ó veinticinco mil rios, que vienen de una sierra en la isla Española, son riquísimos de oro (1).»

Si la existencia de esos veinticinco mil rios auríferos hubiera sido una realidad, no podria negarse que el tributo impuesto por Colon, señalando á cada individuo, en los sitios minerales, medio cascabel de polvo de ese rico metal cada tres meses, era insignificante y ligero. A ser cierto el cuadro del venerable Las Casas, tendria que aparecer inexacto el que nos pinta el apreciable historiador Washington Irving. Éste nos presenta á los indios, para poder llenar de polvo de oro en tres meses el medio cascabel, «teniendo que seguir la cotidiana tarea hora por hora, con »el dorso encorvado y la vista ansiosa por las márgenes »de los rios, cerniendo las arenas en busca de los granos »de oro (2).» Que poco despues de la época en que Las Casas presentó sus páginas en favor de los indios y llenas de inculpaciones contra los conquistadores españoles, se tradujesen á todas las lenguas por autores de las demás naciones, se comprende fácilmente. La España era, por decirlo así, la que entonces ocupaba el primer lugar en Europa y dominaba en distintos reinos de ella: sus afamados tercios habian alcanzado grandes victorias, y sus armas fueron la barrera presentada al protestantismo. La idea política de todas las naciones dominadas, y los hombres de la nueva religion, le eran contrarios. Lógico fué, por lo mismo, que se apresurasen á dar al mundo los escritos del padre Las Casas, para presentar á la España con

(1) Fol 7.

(2) *Vida y viajes de Cristóbal Colon*. Cap. 7, pág. 107.

los colores mas desfavorables. Pero lo que en aquellos escritores extranjeros era disculpable, por las circunstancias en que la Europa se encontraba por sus luchas religiosas, no es admisible en la época de calma y de filosofía en que, muertas las pasiones que agitaron á las sociedades pasadas, solo debe imperar el imparcial criterio y la verdad sincera. Por eso es sensible que plumas perfectamente cortadas, y escritores de elevada talla en saber y en genio, hagan descansar los hechos referentes á la América, en los escritos apasionados de un autor preocupado.

Sus mismos panegiristas se ven precisados á confesar «que tenia el defecto de dejarse llevar de las impresiones »de una imaginacion demasiado viva (1).» El elegante escritor Washington Irving, dice que Las Casas «pudo haber recargado fuertemente la pintura en su imaginacion habitual, cuando se trataba de las injusticias hechas á los indios,» y sin embargo de esta conviccion, no se apoya en otra autoridad cuando se trata de algun acto de los españoles contra los indios. «Si la décima parte de lo que dice que vió con sus propios ojos—agrega—es cierto, y su veracidad es indudable, hubiera faltado á los sentimientos naturales de humanidad si no expresase su indignacion al pintar tales excesos (2).» Por fortuna de la humanidad, los cuadros presentados por el señor Las Casas en su historia general de las Indias, no tienen muchas veces el mas leve contacto con lo real.

(1) Beaumont, *Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacan*.

(2) *Vida y viajes de Cristóbal Colon*.



Su fin era hacer interesante lo dulce y regalado de la pasada vida salvaje de los sencillos indios, con el laudable fin de que los blancos no les hiciesen, con el demasiado trabajo, aparecer penosa la existencia que llevaban. Por eso describe con brillante colorido, aunque se aleje de la exactitud, regalándose los indios con los sabrosos frutos que les brindaban sus bosques y con los abundantes peces de sus multiplicados lagos. Por eso afirma que «la peor de aquellas islas es mas fértil é graciosa que la huerta del rey de Sevilla, é la mas sana tierra del mundo,» no obstante haber visto y sentido los mortíferos estragos causados por el destructor clima de todas ellas, en los españoles que perecían diariamente. Nadie que conozca la isla de Santo Domingo creará que ha sido mas exacto al presentar bañada una de sus vegas por «treinta mil rios y arroyos, veinticinco mil de ellos, riquísimos de oro;» y si el apreciable historiador Irving que dice que «la veracidad de Las Casas es indudable,» cree en la existencia de esos millares de rios auríferos por él pintados, ha padecido un error al presentar á los indios sufriendo horriblemente, «teniendo que seguir la cotidiana tarea hora por hora, con el dorso encorvado y la vista ansiosa por las márgenes de los rios, cerniendo las arenas en busca de los granos de oro,» para recoger, en tres meses, lo que podia llenar medio cascabel. Con el talento que le distingue, el señor Irving ha tratado de justificar al señor Las Casas de la exageracion, que en sus escritos se advierte, diciendo que, «si yerra, una causa santa y generosa le conduce al error.»

Yo creo que el error nunca se debe admitir, por mas que una causa santa lo dicte. La causa santa del historia-

dor es presentar la verdad, sin exageracion; porque la exageracion indica parcialidad, y la parcialidad nunca se ha asociado con la justicia, que es la que debe representar el historiador. Noble y santo era, con efecto, procurar el buen trato de los indios; pero no lo era hacer cargos generales que inferian una mancha en la sociedad entera, cuando ésta era la primera en reprobar los excesos de los malos y en apoyar las disposiciones en favor de los indios.

Un establecimiento formado por el padre Las Casas. Una prueba patente, incontestable, puede presentar con orgullo la España, que ninguna otra nacion puede hacerlo, que demuestra los sentimientos filantrópicos que abrigaban los gobernantes españoles hácia los habitantes de las tierras descubiertas. Fray Bartolomé de las Casas, llevado de sus nobles sentimientos de humanidad, se propuso formar en la Costa-Firme un establecimiento que demostrase, por los resultados, que las ideas que defendia eran realizables. El gobierno español, animado de no menor filantropía, le dió una extension de costa de doscientas sesenta leguas y sin ponerle límites hácia el interior. El objeto era reducir al cristianismo á los pobres idólatras por medio de la predicacion y de las buenas obras; hacerles comprender las ventajas de la moral, y llevarles la felicidad sin causarles el mas leve daño. Las ventajas temporales que de aquí debian resultar á la corona, no debian ser mas que como compensacion de los gastos y trabajos emprendidos para derramar la luz de la civilizacion, para lo cual solo se impondria un tributo á los gentiles convertidos; no mezclándose, para nada, ni en el sistema de gobierno que les regia, ni en remover á los caciques que les goberna-



ban. Las Casas, al creer que se debía señalar un impuesto para compensar los gastos hechos por la corona, se olvidaba que estaba en contradicción consigo mismo, pues si la predicación del Evangelio y los elementos de civilización no daban á los reyes españoles derecho á la posesión de las tierras por ellos descubiertas, tampoco podían darlo para imponer tributo ninguno á sus habitantes. Esto demuestra que apartándose una vez de los principios, no se puede más que ir tropezando de uno en otro error. La nueva colonia que debía servir de modelo, empezó á formarse de labradores. Los colonos llevaban una cruz roja sobre un vestido blanco, pues la idea de las cruzadas se dejaba ver en todo lo que se hacía en la América; estaban armados caballeros con una espuela dorada, y su deber, además del cultivo del campo, era atraer á la religión católica y á la vida civil á los habitantes de las cercanías de Cumaná, auxiliados por los religiosos que debían edificar un convento en el establecimiento. En tanto que se trabajaba en plantear éste y se había marchado á Santo Domingo el padre Las Casas, el convento, así como la fortaleza que se estaban construyendo, fueron atacados por los salvajes, muertos los religiosos, y perseguidos los colonos labradores que, por fortuna, lograron escapar.

Este hecho dió motivo á que los enemigos de Las Casas se burlasen de sus proyectos, presentándolos como utópicos y extravagantes. Y sin embargo de ese terrible desencanto, no obstante haber perecido dignos religiosos llenos de amor hácia los indios, como hubiera perecido él si un negocio no le hubiese llevado á la Española, su laudable cariño á los naturales de aquellos países le arrastra á de-

cir que «nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno á cristianos, hasta que primero muchas veces hubieron recibido ellos é sus vecinos muchos males é vexaciones de ellos mismos». El digno religioso olvidaba que en la bahía de Samaná fueron los indios los que atacaron á los siete marineros españoles que no habían hecho otra cosa que obsequiar á uno de sus compañeros, y no tenía presente otros muchos pasajes de la historia que el lector irá viendo, según lleguen los sucesos, en que los indios, sin haber recibido la más leve ofensa, atacaron terriblemente á los castellanos.

Me he detenido en este punto, porque, partiendo la mayor parte de los escritores extranjeros que han hablado de las Américas, de lo asentado por el padre Las Casas en su *Historia general de las Indias*, viese el público los esfuerzos que hicieron los monarcas españoles por el bien de los países descubiertos, y comprendan que la verdad histórica se encuentra alejada de las obras dadas á luz por los escritores que le han seguido (1).

Preocuparse hasta el grado de admitir como una verdad las inculpaciones de aquel escritor, á quien uno mismo acaba de calificar de parcial y de preocupado, es verdaderamente sensible cuando se trata de la honra de toda una nación; y la falta no debe hallar disculpa, «aun cuando una causa santa y generosa le conduzca al error».

Preciso es creer, sin embargo, que Las Casas no podía

(1) Se llenaría un volumen de algunos centenares de páginas si se tratase de manifestar todas las contradicciones, errores y exageraciones que se encuentran en la obra del padre Las Casas. Entre las últimas afirma «que hubo una ciudad en Guatemala que fué destruida con tres diluvios, uno de agua, é otro de tierra, é otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes».